

## NOTAS

### REFERENCIAS SOBRE LA NARRATIVA DE LA CUENCA DEL CARBÓN, DE COMIENZOS Y MEDIADOS DEL SIGLO XX

La industria carbonífera de la Región del Biobío, impulsada por don Matías Cousiño en 1852, fue dando origen, paulatinamente, a explotaciones en otras ciudades, tales como Lirquén, Coronel, Curalinahue y Lebu, principalmente. Estos yacimientos originaron una tradición del obrero del carbón con su folklore y su condición social.

En el contexto de la “cuestión social”, entre los años 1902 y 1926 –según G. Grez (1997)–, los mineros comienzan a organizarse frente a estas “dolencias colectivas”. Un estudio historiográfico más reciente de Laura Benedetti (2011), efectuado desde Concepción, plantea esta importante temática acerca de los yacimientos carboníferos de Coronel y Lota. Benedetti se centra en el poder económico de los propietarios de las minas, poder que se extendió hacia el conjunto total de las actividades ligadas al carbón: como el precio en el transporte (ferrocarril y barcos); los mecanismos de dominación como la quincena; el control de la justicia a través de la policía privada; los medios de pago como las fichas; la asignación de viviendas populares, etc. En ese contexto de presión social, surgen paulatinamente acciones de luchas reivindicativas, como el motín, primera medida de protesta; las huelgas, como estrategias más organizadas y las comisiones negociadoras, las que trajeron grandes transformaciones a nivel económico, social y político, especialmente en las primeras décadas del siglo XX.

En el plano político-social, en diciembre de 1970, durante el gobierno de Salvador Allende, se produce la estatización de las Empresas Carboníferas. Sin embargo, entre los años 1975 y 1976, la Junta Militar determinó traspasar todos los yacimientos a ENACAR, S.A. y, así mismo, se eliminaron los sindicatos de obreros y los dirigentes gremiales pasaron a un receso obligado.

Y ya en 1990, al regreso de la democracia en nuestro país se produce otra situación paradójica: el gobierno democrático de Patricio Aylwin inicia las gestiones para el cierre de los yacimientos, a través de la Ley de Reconversión (1993). Finalmente, el año 1997, durante el gobierno de Eduardo Frei Ruiz-Tagle, terminan definitivamente las actividades fabriles.

A nivel literario, no fue sino con Baldomero Lillo con quien se registró, tangencialmente, la “cuestión social” del carbón cuando en 1904 se publicaron los “cuadros mineros” de Subterra. No obstante, mediante el Proyecto de Investigación Interno de la Universidad del Bío-Bío (DIUBB 1210726 2R), liderado por el autor de este artículo, se ha podido determinar la presencia, a comienzos y mediados del siglo XX, de una narrativa, local y nacional poco conocida, pero no menos importante, ambientada en las minas de la cuenca del carbón, que ha dado cuenta a nivel temático de estas “dolencias colectivas”, asociadas a la “cuestión social”.

El primer grupo (establecido por el proyecto mencionado) corresponde a la vertiente creativa nacional, con claro predominio de la ficción, constituido por escritores nacionales con trayectoria reconocida (cuentistas y novelistas), que han centrado algunas de sus obras en el mundo del carbón, como “El finado Valdés” (1929 y 1947) de Mariano Latorre, primera voz literaria en delatar la burocracia del Estado chileno frente a los conflictos

sociales de los mineros; “Puerto negro”, cuento (1938) y *Viento negro*, novela (1944 y 1960) de Juan Marín Rojas, en ambos textos se evidencia la “cuestión social” circunscrita al yacimiento carbonífero de Lota de comienzos del siglo XX; *Carbón y orquídea* (195-) de Nicasio Tangol, texto narrativo al servicio de la enseñanza de la injusticia social, sufrida por los esforzados trabajadores de las minas; *Carbón* (1953) de Diego Muñoz, novela de filiación histórico-social, con prólogo de Pablo Neruda, centrada con fechas y con nombres en la lucha obrera de la “huelga grande” de 1920.

Ahora bien, este texto entrega mayores referencias de la vertiente creativa local, la que constituye un segundo grupo portador de una estética literaria prácticamente ignorada por los lectores, con eminente predominio de la memoria y relacionada con el mundo social, laboral y sindical de los yacimientos carboníferos de la Región del Biobío. Se trata de dos novelas y cuatro cuentos que permanecen en el olvido, guardados en archivos y bibliotecas (nacionales y locales). Pertenecen a autores locales de mediados y fines del siglo XX, quienes residen, preferentemente, en Tomé, Concepción, Lota y Curanilahue. En este circuito literario participan mineros, dirigentes gremiales de las organizaciones obreras, narradores aficionados y escritores acreditados como textos narrativos institucionalizados, especialmente en los espacios universitarios, de acuerdo a los preceptos canónicos.

a) En primer lugar se destaca *Hijo de las piedras* (1963), tercera novela de Juan Sánchez Guerrero, ambientada en Lota con prólogo del eminente crítico chileno, Juan Loveluck (vinculado académicamente a la Universidad de Concepción), quien lo encasilla genéricamente como texto en el que “predomina el tejido autobiográfico poetizado”. En este contexto, Sánchez Guerrero se reveló, anteriormente, como escritor con dos novelas: *Proceso y Celda 13*.

*Hijo de las piedras* es un relato que apela –según J. M. Fierro (2005)– a la autobiografía, por cuanto aborda “desde la perspectiva del yo, capítulos sobre circunstancias de una historia individual”. De esta manera, el exminero de Lota, en su condición de sujeto y víctima, reconstituye a través del recuerdo la sacrificada vida como niño-trabajador (tema recurrente en la narrativa del carbón), desde su triste y penosa orfandad a su prematuro y forzado trabajo; primero a los siete años (junto a otros niños desamparados), como plantador de pino, y luego a los diez años, como minero en el interior de los oscuros y frágiles socavones, desde donde fortuitamente escapa de un accidente fatal que lo obliga a alejarse para siempre.

Hay que considerar –de acuerdo con Jorge Rojas Flores (1999)– que el trabajo en los socavones era parte del mecanismo de preparación para la vida. Además –siguiendo a Rojas–, el vigor, la fuerza, la resistencia física adquirida tempranamente, daba certeza de que por esa vía los niños “se hacían hombres”.

En sus labores en el interior de la mina de Lota, *Omarcito*, el niño protagonista, es apoyado por el “padrino”, apodado “*El Amigo*”, quien le entrega los primeros consejos prácticos para habituarse en los laberintos subterráneos. De igual forma, el tema del “padrino” o protector del niño huérfano prevalece con fuerza en la novela *Viento negro* (1960), del médico Juan Marín, mencionada más arriba.

También, Sánchez presenta otro tema reiterado en la literatura asociada a los establecimientos carboníferos de nuestro país, la mujer menoscabada. En este caso,

representado por *Celmira*, madre de *Omarcito* y viuda de minero joven, fallecido en un accidente en el interior de los chiflones. Para la subsistencia de su familia, *Celmira* acarrea carbón en una estropeada carreta, tirada por una yunta de maltratados bueyes (único sustento heredado del campo). Este cruel oficio la hace fatigarse hasta perder la vida, dejando a su pequeño hijo de ocho años en el desamparo.

Como tema secundario, la novela entrega matices de las primeras intenciones de organización sindical de comienzos del siglo XX, a través del “panfletero”, representado por *don Remigio*, un exminero que, simulando vender pan, precisamente, reparte panfletos ocultos en un canasto, que pertenecen a la incipiente sociedad mutualista de Coronel.

En suma: la novela de Juan Sánchez Guerrero es a nivel autobiográfico la evocación, interpretación y reproducción de experiencias vividas y sufridas en carne propia por el narrador-personaje, a inicios del siglo XX, cuando la industria carbonífera se encontraba en pleno apogeo. A nivel literario representa simbólicamente a un grupo social marcado desde su nacimiento por la marginación laboral, social y educacional, como aconteció con los niños explotados en la industria del carbón de la Región del Biobío, a comienzos y mediados del siglo XX.

b) Por su parte, *Una huelga en el carbón* (1965) es la primera producción literaria de Guillermo Pedreros (el año 1970, publicó otro libro: *Huenchupil agitador profesional*, publicado en Santiago por Prensa Latinoamericana). Este dirigente gremial se detiene en su comprometida vida política, a los 61 años, para plasmar este libro, donde narra detalladamente la “Huelga grande del carbón de 1920”, suceso en el que participó activamente. El texto se circunscribe genéricamente a “las memorias”—siguiendo el estudio de Leonidas Morales (2001)—, pues la obra reconstruye un momento importante de la historia gremial, sindical y cultural de la zona carbonífera de nuestro país. En otras palabras, el autor-narrador tiene conciencia de la importancia de su testimonio para la sociedad en que vive y, por lo tanto, su función es la de informar, comunicar, recrear hechos acontecidos, con los recursos no siempre imaginarios del lenguaje, aunque sea el de la no ficción.

Según Guillermo Pedreros, el movimiento huelguístico se inicia por las arbitrariedades de “Mr. Hyde”, un administrador de Lirquén que reduce arbitrariamente los jornales de los mineros; además, despide y desaloja de sus casas a quienes manifiesten desagrado.

Por otro lado, la intención ética que tiene Guillermo Pedreros como testigo es en particular, “rendir un homenaje a las mujeres, que fueron verdaderas heroínas de estos acontecimientos sociales de la época” (p. 16). El autor, situándose como un sujeto que presenció los hechos en contraste con los dirigentes sindicales, intenta corregir la situación de olvido y subordinación intrínsecos al discurso femenino. De esta manera, especifica en el prólogo del libro: “Quise hacer justicia, a un hecho que estimo, nos hemos olvidado [...], me refiero a la participación que las mujeres han tenido en el movimiento social o gremial” (p. 6).

El texto, conjuntamente, posee una belleza estética: apunta a un contenido politizado y un desarrollo a través de un hito histórico. Las informaciones y las voces complementarias abundan en forma de poemas “Es horrible vivir, es horrible habitar/ En la tierra de crueles

burgueses;/ Donde sólo se sabe sufrir/ Donde sólo se sabe explotar” (p. 28). Así también existen cantos, himnos, noticias y textos comunicacionales reveladores, como el telegrama dirigido al secretario general de la Federación Obrera de Chile, compañero Enrique Díaz Vera, que dice: “Administrador Carbonífera (sic) de Lirquén, provocó movimiento huelguístico separando personal. Afrontaremos situación. Valdés, Presidente” (p. 21).

En definitiva, como discurso esta obra puede ser considerada literatura. En el inicio se presenta a Lota, metafóricamente, como “un volcán a punto de estallar”. El desarrollo se tensiona entre la organización/acción obrera contra los actos represivos que los mineros sufren; un claro ejemplo es el actuar del líder Guillermo Vidal al enfrentarse verbalmente con los administradores y gerentes de la compañía.

La conclusión es el triunfo de la huelga (se consigue la reducción de la jornada de trabajo, la eliminación de la policía privada y el aumento salarial) y la concurrencia masiva de los trabajadores y sus familiares a la cancha de fútbol, con un arco transformado en tribuna y adornado de copihues rojos, desde donde los dirigentes de la FOCH informan con regocijo de “la gran victoria”. Finalmente, el epílogo del libro se concentra en la descripción de la muerte de Delfina González (gran líder de este movimiento de 1920) y su última despedida.

En la línea de la vertiente creativa local, se han seleccionado, en esta ocasión, cuatro cuentos de escritores regionales, nacidos a comienzos y mediados del siglo XX. Dichos textos pertenecen a una vertiente más ficcional, elaborados con mayor creatividad y atentos a un lector más reflexivo. A nivel temático los cuatro textos intentan elevar a la dignidad estética temas sociales que persisten en forma reiterativa en el mundo de la explotación de los yacimientos carboníferos, de mediados y fines del siglo XX.

a) En primer lugar, la versión del cuento “El ratón de cada uno” (publicado en 1992) pertenece a Alfonso Alcalde, quien gran parte de su vida, aunque de forma intermitente, residió en la Región del Biobío, principalmente en las ciudades de Concepción, Lota y Tomé. En su condición de escritor, Alcalde miró, observó y recreó, empapándose vivencialmente de la vida minera.

En “El ratón de cada uno”, los protagonistas son dos personajes, *Periodista* y *Minero*, que dialogan, a modo de entrevista, como pasajeros de un microbús del recorrido Concepción-Coronel-Lota.

El tema que predomina en este diálogo entre estos dos pasajeros radica en las diversas situaciones que experimenta el minero dentro de los chiflones. En síntesis:

1. Alcalde evidencia en este texto un rasgo social relevante como es “la ausencia de individuación”. Los obreros de los socavones carecen de nombres propios, de proyectos de vida y de realización personal, puesto que son identificados en la empresa solamente por el número que se les asigna en el contrato. En otras palabras, en el interior de las galerías subterráneas los numerosos grupos de obreros que trabajan en los *frentes* de explotación no son tratados por los superiores como seres humanos, sino como anónimos.

Los jefes y administradores no valoran las cualidades y virtudes individuales de cada minero, sino sólo el rendimiento en el trabajo.

2. Como antiguamente no existían baños en el interior de las minas, el ratón era el “sanitario” que limpiaba las galerías. Por lo demás, los roedores, especie de vigilantes naturales, ejercían un importante papel relacionado con la protección, el amparo de los mineros en el interior de los oscuros chiflones subterráneos, puesto que escapaban presurosamente ante la presencia del gas grisú, alertando a los trabajadores del mortal “viento negro”.

Esta última situación asociada a la seguridad permitía una estrecha sinergia entre el roedor y el trabajador, quien no sólo lo alimentaba, sino que respetaba una ordenanza interna, transmitida de generación en generación, que prohibía su eliminación. La sensibilidad de Alcalde permite percibir en su hermoso relato esta estrecha relación obrero-animal.

En fin, en el relato de Alcalde permite determinar que en el interior de los *piques* mineros, donde los obreros trabajan en condiciones infrahumanas, los gerentes tienen el poder sobre la vida y la muerte de sus trabajadores, a quienes, prácticamente, menosprecian como personas.

b) En segundo lugar, la versión del cuento “Ratonera”, publicado en la revista *Vanguardia* (1962-63), pertenece a José Chesta (1936-1961), escritor de trascendencia en la actividad cultural y teatral de los años sesenta en Concepción. El relato está centrado en la temática del “niño huérfano, abandonado”, muy recurrente en la narrativa del carbón, pero ya no en el interior de la mina, sino en la superficie; esto es, en la cotidianidad del pueblo industrial de Coronel, de mediados del siglo XX.

El relato rescata la sensibilidad del infante, *Ratonera*, que como niño huérfano, trabajó en el interior de la mina, pero que producto de un accidente perdió parte del pie, por lo cual cojea. A pesar de su penuria y deformidad física, se siente satisfecho por las nobles acciones sociales que es capaz de realizar: es curioso, obediente, sumiso y cortés. En ese contexto, no sólo ejecuta los mandados de las vecinas de Villa Mora en Coronel, sino que, además, es fiel y responsable como hijo: se preocupa de su madre alcohólica, que con frecuencia debe sacarla del cuartel policial donde es apresada. Pero en su condición de niño marginado, también goza de la picardía y la infamia; es así como en el contexto de las festividades del “18 de Septiembre”, e impulsado por la curiosidad y el desacierto, consigue la imprevista descarga de un cañón viejo, que encuentra abandonado en el patio de un vecino del pueblo.

c) En tercer lugar, el cuento “Trasto viejo”, producto de la invención de la memoria, ha sido rescatado de la *Antología del cuento minero chileno* (1991). Pertenece al exminero lotino aficionado a la escritura de relatos narrativos y líricos (inéditos), Víctor Hugo Gómez, quien trabajó siendo muy joven como *apir*, *barretero* y otros oficios, hasta ejercer labores de mantención en las galerías de *Reuelta*.

A nivel de contenido, el texto relata la historia de un viejo minero, conocido entre los obreros como *don Pedrito*, quien, en sus años mozos, causaba asombro y admiración entre los trabajadores, por su vigor como barretero. Pero, ahora, a una edad avanzada, cuando sus

extremidades están en plena declinación, casi en calidad de rastrojo, se encuentra psicológicamente humillado, por cuanto debe hacerse cargo de una bomba de agua en lo más recóndito y oscuro de la mina, bajo el nivel del mar, donde asquerosas ratas son su única compañía. A nivel intertextual, es posible establecer un paralelismo entre *don Pedrito* y el viejo *Bonmort* ("*Buena Muerte*"), personaje de la novela *Germinal* (1885) de Émile Zola (1840-1902), quien trabaja desde los ocho años en el mineral y ahora a los cincuenta y ocho, pese a que escupe sangre y residuos de carbón, debido a la silicosis que padece, guía aunque con esfuerzo los caballos que arrastran el mineral en la superficie de la mina La Voreux (situada al norte de Francia).

d) Finalmente, el cuento "Tren a Río Pedregoso" (1992) del escritor vecindado en la provincia de Arauco, Miguel Ramírez (1944), forma parte del libro *Tren a Río Pedregoso y otros cuentos* (1992), reeditado en *Antología de Raíces* (2001). El texto ficticio de Ramírez situado en un tiempo pasado, a comienzos del siglo XX, se estructura en dos historias: la primera, de naturaleza sentimental y la segunda, de índole social. En la narración afectiva, los protagonistas son dos jóvenes, pasajeros del tren de propiedad de la Compañía Explotadora de Carbón, *Andrés* y *Donato*, quienes viajan con un propósito familiar hacia Río Pedregoso, ramal "ficticio", cercano a la última Estación de Curanilahue. Ambos conocen en el viaje a dos señoritas, *Eulalia* y *Nelly*. El relato finaliza con un Epílogo feliz, en donde a manera de recapitulación de la historia íntima, ahora situada en un tiempo presente, se destaca el matrimonio de *Donato* con *Nelly*, y *Andrés* junto a *Eulalia* hacen lo propio.

Ahora bien, permeando la historia amorosa se evidencia el tema de segregación social circunscrito a la "cuestión social". En este caso, centrado en las acciones abusivas (malos tratos y cobro excesivo del valor de los pasajes) por parte de los tres cobradores del tren, empleados de confianza de la empresa carbonífera, para con los pasajeros de tercera clase (obreros, en su mayoría), y con los protagonistas del relato, *Andrés* y *Donato*. A manera de información complementaria, en la primera década del siglo XX, época de esplendor de la industria carbonífera, el tren de propiedad de la Compañía Arauco era el único medio de locomoción que unía los centros mineros de Curanilahue, Lota y Coronel, con la ciudad de Concepción. De acuerdo a la información extraída del estudio de Hernán Venegas (1997): La Compañía Arauco, fundada en 1884, "obtuvo la concesión especial para la construcción del ferrocarril de Concepción a Curanilahue, que unió los principales yacimientos carboníferos locales".

Finalmente, y ahora retomando el epílogo del texto, localizado en un tiempo presente, la situación es la siguiente, pues, debido al deterioro de las máquinas, el transporte de ferrocarriles que unía las ciudades de la cuenca del carbón, finaliza su funcionamiento, dejando a los injustos y atrevidos cobradores sin trabajo. No obstante, en el relato los protagonistas respiran otros aires, por cuanto se ha modernizado el transporte interurbano, con modernas carreteras "que serpentean los cerros cordilleranos" (p. 357), y con la aparición de empresas de buses, cómodos y modernos, que conectan directamente las distintas ciudades mineras con Concepción, acortando considerablemente el tiempo de los viajes.

Como se manifestó más arriba, esta nota aporta referencias de obras literarias prácticamente desconocidas, que evidencian temáticas relacionadas con la “cuestión social”, como la miseria, el hacinamiento, los abusos de poder, las alzas de precios en el transporte (ferrocarril), las demandas sindicales de los trabajadores de los centros carboníferos, de comienzos y mediados del siglo XX. De esta manera, se retoma el objetivo de sus creadores: utilizar la función de la literatura en su dimensión extratextual, relacionarla con el público, con la historia y con la sociedad

Dr. Juan Bahamonde Cantín  
Dpto. de Estudios Generales  
Universidad del Bío-Bío  
jbahamon@ubiobio